

—Por Dios, Feita... ¡Qué cosas dice usted! Que no la oigan, al menos...

Esta plática recuerdo que la pasamos una noche de Octubre, en que la temperatura era aún tibia y hermosa, y nos habíamos refugiado en una esquina de la galería, por huir del sempiterno tecleo de Cabello y Argos y las risitas y provocaciones de las de Tardejón. Por cierto que aquella noche misma acaeció en la tertulia de las hijas de D. Benicio Neira algo que merece consignarse, por la cola que trajo; y fué que Baltasar Sobrado, entrando muy soplado, de levita, á eso de las nueve y media, presentó á D. Benicio y á su familia á otro caballero más apuesto y atildado, que supimos ser el nuevo Gobernador civil.



IX

Tres meses hacía que éste había llegado á Marineda, donde se hablaba mucho de él, á pesar de que se le tachaba de retraído y entonado. Era uno de esos hombres á quienes el público, al negarles ya la juventud, les sigue otorgando los privilegios á ella inherentes, encontrando muy natural que dediquen la vida á perseguir el goce, á empalmar las aventuras, á la baraja y á la broma entre amigos. Para decirlo de una vez, el Gobernador de Marineda, que por cierto, se llamaba nada menos que don Luis Mejía, era todo un *juerguista*, pero con ribetes y collar de romanticismo: tipo bastante común en nuestra raza meridional, tan sobrada de idealismos malsanos como falta de sencillez y seriedad verdadera; y me pareció la más insignie prueba de inadvertencia y descuido en D. Benicio que dejase penetrar á semejante gavilanazo en aquel palomar repleto de palomas arrulladoras y lindas. Es verdad que en-

traba bajo el patrocinio de Sobrado, del soñado yerno, objeto de la codicia paternal de Neira, y rodeado del prestigio que da en provincias un puesto oficial, que parece entrañar responsabilidades, y obligar á quien lo ocupa á observar una conducta, si no ejemplar, cuando menos formal y discreta.

A primera vista, Mejía guardaba las apariencias y conservaba su dignidad de funcionario y de personaje. Era grave al parecer, y en realidad guasón y mofador de todo; hablaba con respetuoso acento de la religión, de la patria, del arte y de la mujer, cosas de que se reía allá por dentro; daba limosna fácilmente y se corría en las propinas, pero jamás se familiarizaba con los inferiores. Era de mediana estatura, delgado, airoso, y vestía casi siempre de un modo correcto y muy á lo señor, aun cuando algunas veces le delataban ciertas osadías del traje, que indican más de lo que se cree el desorden moral de la persona: una corbata de seda roja, anudada á lo torero; las botas achuladas, que usaba por la mañanita; un sombrero de delicado fieltro, pero de hechura manolesca; un perfume cursi y exagerado que salía de su ropa interior... Observándole bien, hube de fijarme en cierto detalle, para mí altamente significativo: su reloj, maravilla admirada por todos los *snoobs* locales que se reunían en la Pecera, y, á mi juicio, rayo de luz que iluminaba por completo la ambigua faz de aquel representante de nuestra podrida burocracia. Procedía el reloj de la más renombrada casa

inglesa, y era de oro, liso, riquísimo bajo apariencias de modestia, de intachable gusto, de máquina infalible, y de tan exquisito trabajo en sus cinceladas tapas, que el heredero de un trono podría ufanarse con él. Pero examinado despacio el relojito, mirando detenidamente la tapa que cubre la esfera, podían verse cruzadas, entre los arabescos elegantes que trazó el cincel, dos iniciales, una *L* y una *R*, que no correspondían enteramente al nombre y apellido que usaba el Gobernador. *L*, Luis, era su nombre de pila; pero ¿y el apellido?

Todos, sin querer, somos un poco polizones y otro poco jueces, de afición y sin sueldo. Todos, cuando una ráfaga de antipatía ó de sospecha cruza por nuestra alma, espiamos, instruimos proceso y lo fallamos allá en nuestro interior. Aquellas dos iniciales, que una correspondía y otra no con el nombre de *monsieur le préfet*, me indujeron á grandes cavilaciones. Me asaltó la idea de que Mejía era *dos* hombres: uno que el público veía y respetaba en su posición actual, otro que anteriormente se llamó de distinta manera y vivió, sabe Dios dónde y cómo, hasta que alguna tragedia ó algún sainete le obligó á echar piel nueva, á mudar nombre y á huir de sí propio. ¡Cuántas cavilaciones, cuánto temerario juicio á propósito de una inicial sobre la tapa de un reloj! Qué, ¿no podría el reloj ser regalo de un amigo? ¿No podría haberlo comprado de lance? Sin embargo de estas posibilidades, la sospecha no se me quitaba.

Otra menudencia, notada en el mismo reloj, contribuyó á arraigar en mí la convicción de la duplicidad de Mejía. Una noche que á última hora nos encontrábamos reunidos en la Pecera algunos de los *habitués*, y en que se había bebido ponche, el Gobernador, animado por las libaciones, habló de la farsa ó comedia humana, sostuvo la tesis de que nadamos en un mar de mentiras, é insinuó con intencionada picardía que el mundo era como su reloj. Prestaba yo oído, incitado por mis recelos, y siguió diciendo Mejía:—«¿Ustedes ven? No cabe chirimbolo más respetable que éste. Exacto, británico, la misma formalidad, la imagen de una existencia regularizada, honrada, clara, sin una nube... ¡Pero aprietan ustedes... así... un resortillo... y alsa, verán lo que aparece!»

Practicó el movimiento indicado, y levantándose una sutil tapa de oro, invisible antes y adherida á la cubierta principal, divisamos en el fondo una miniatura... de la cual, á pesar de su mérito artístico, apartarás los ojos, lector, con verdadero hastío, á poco de fijarlos en ella. Aquella doble faz del reloj, por fuera símbolo del orden y del decoro, por dentro santuario de la Venus libidinosa, confirmó en mí la idea de la dualidad de aquel Mejía, en quien era equívoco hasta el nombre.

Por supuesto que me guardé bien de manifestar mis aprensiones á nadie, pues entre las enseñanzas de mi santo egoísmo contaba la de no tener amigos íntimos, ni pecho abierto para persona alguna. Sabía que la mitad más uno de

los disgustos que se sufren en pueblos chicos, viene por la lengua, y que la palabra es una peste, y oro el silencio. Además, el gustillo de charlar y confiarse quita el de observar, que es mucho mayor. Me prometí con Mejía un divertido espectáculo, siempre que yo tuviese la constancia de oír, ver y callar, disimulando el verdadero concepto que de él formase.

La opinión de Marineda, por entonces, no era desfavorable á Mejía. Su buena presencia, su mejor ropa, su liberalidad, le habían captado simpatías. Los de su partido le ponían en las nubes. Los del bando contrario, ó sea los conservadores, esperaban que aquel Gobernador que olía á *brisas de violeta* fuese blando en la brega electoral. De su historia sabíase poco: se le creía cordobés, ahijado y hechura de cierto prohombre que no gozaba fama de muy escrupuloso en elegir sus paniaguados, y constaba que había desempeñado cargos en Puerto Rico y Filipinas, y habitado bastantes años en la corte, á la sombra y en la secretaría de su padrino. Primo Cova, en su afán de dar á todo carácter folletinesco, aseguraba que Mejía era hijo del prohombre y de «una encopetada señora». En resumen, no se veía muy claro en el pasado de *monsieur le préfet*, pero se entreveían buenas relaciones y antecedentes no deshonorosos, y mi extrañeza al verle admitido en casa de Neira carecía de fundamento.

Conferenciando sobre este punto con D. Benicio, pocos días después de la presentación del Gobernador, díjome el bondadoso padre:

—¡Qué quiere usted! Teniendo hijas que casar, y según están las cosas hoy en día, no hay más remedio que hacer la vista gorda. Ya comprendo que estas moscas vienen al panal de miel... pero ¿quién sabe si se les enredarán las patas? Mayores milagros se han visto, D. Mauro; yo con usted hablo como hablaría con un hermano, si lo tuviese. Me siento muy envejecido, muy gastado, muy achacoso, y mi sueño sería dejar casada una hija con persona de cierto viso y posición, á fin de que protegiese á las otras y metiese en costura á Froilancito, que como no le da la gana de estudiar, tendrá que arrimarse al presupuesto para vivir.

—Comprendo sus móviles de usted—respondí con la sinceridad que me infunde este hombre digno de consideración y lástima—: sólo temo que pueda alguna de sus hijas sufrir una decepción...

—¡Qué se le ha de hacer! Para decepciones hemos nacido—murmuraba resignadamente el padre.

—¿O quién sabe si algo peor? Tal vez un amargo desengaño... un humillante chasco de esos que hunden á una mujer para siempre...

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando me sorprendí, casi me asusté, del efecto que produjeron en D. Benicio. Su rostro lacio y apacible se enrojeció violentamente, y sus ojos, que siempre rebosan indulgencia, chispearon repentino furor.

—¿Chasco humillante á mishijas?—balbució.
—He pensado en eso mil veces... y eso sí que no

lo verán los nacidos... ó por lo menos no lo verán quedar sin el castigo justo. Yo soy un cordero: hombre menos batallador dudo que exista bajo las estrellas. He deseado siempre que, al morir, se pudiese escribir sobre mi sepulcro, por único elogio, que á sabiendas no hice mal á nadie. Pero Dios, que me ha dado estas hijas, sin darme el carácter enérgico que se necesita para guiarlas bien, no me negará, llegado el caso, resolución para ampararlas. Es más fácil un arranque enérgico que una represión diaria. El arranque sé que lo tendría. Espero—añadió serenándose—que no ha de ser necesario llegar á tales extremos. Crea usted que tiemblo sólo de pensar que pueda verme en situación tan crítica. Y tiemblo, porque... el diantre de la costumbre de ser moro de paz... Diga usted, don Mauro: ¿qué opina usted? ¿Tendría yo ánimos para... para hacer una hombrada?

Echéme á reír, por no confesar que le juzgaba absolutamente incapaz de hombrada alguna; y á fin de torcer la conversación le hablé de León Cabello y de su asiduidad con Argos.

—Eso salta á la vista—respondió D. Benicio—pero juzgo inofensivo al musiquín. Argos, con su imaginación volcánica, necesita experimentar algún entusiasmo, dedicarse con ímpetu á cualquier cosa... y ahora es la música lo que la trae sorbido el seso. Así que se canse de piano y de cavatinas, se me figura que dará des pachaderas al melenudo. ¡Es tan feo! ¿Sabe usted por qué demuestro yo esta tranquilidad? ¿Se admira de verme tan aplomado? Es que he con-

sultado el asunto con Feíta. Ella me ha quitado la aprensión. Dice que no durará ni tres meses la privanza del músico.

—Feíta tiene un talento macho—respondí, deseoso de sonsacar á Neira—. ¡Y cuánto ha estudiado! Va á ser una mujer notabilísima.

—¡Calle usted! Déjeme de notabilidades... Feíta es listísima, demasiado lo sé; cuando discurre, discurre mejor que nadie..., pero le falta un tornillo. Esa sí que me dará guerra. Las otras tienen sus adoradores, como es natural que los tenga á su edad una muchacha; se despepitan por galas, por diversiones, por lo que alborota á todas las chicas del mundo; están dentro de su edad, dentro de su sexo, se ajustan á las leyes de la sociedad y de la naturaleza... Feíta..., con dolor lo declaro... es un monstruo, un fenómeno aflictivo y ridículo, y si Dios no lo remedia... Ha hecho cuanto cabe para salir de su esfera y del lugar que Dios la ha señalado; como si fuese un hombre, ha leído los libros más perniciosos; ha desgarrado velos que conviene á toda señorita respetar, y por efecto de sus disparatadas lecturas y de sus atrevidos estudios, piensa, habla y quiere proceder como procedería una mujer emancipada, y temo que por ella, ¡por ella, sí, y no por las otras criaturas! vamos á ser la fábula de la población. Ahora se le ha metido en la cabeza el mayor de los absurdos: pretende, fundándose en el supuesto de que las mujeres deben ganarse la vida lo mismo que los hombres, dar lecciones á domicilio á los chicos, prepararlos para el bachillerato... ¡qué

sé yo! Delirios todo. ¡Y para esta hazaña, quiere salir sola, ir sola adonde se le antoje, volver á la hora que le acomode, disponer de lo que gane, y por este estilo! ¡Ay, D. Mauro! Si en un momento supremo seré capaz de alguna valentía, como le dije á usted antes, me falta fuerza de voluntad para sosegar á diario este gallinero... ¡Pobre Ilduara! ¡Por qué te perdí tan pronto? ¡Hágase usted cargo de mi situación: que Feíta se me vaya por ahí... precisamente cuando el tal Gobernador, desde que entró en casa, parece que no tiene ojos sino para ella!

Acertaba D. Benicio: todas las noches que el Gobernador concurría á la tertulia, buscaba la conversación y el lado de la extravagante, discutía y bromeaba con ella, y no la soltaba un minuto. Yo había advertido lo que juzgué capricho momentáneo del hombre doble, pero al decírmelo el padre, me pareció que podría ser tenebroso y siniestro plan contra una virtud ya tan puesta en riesgo por las atrevidas lecturas y las genialidades de la muchacha. Y sentí un interés repentino, un deseo de contribuir á salvarla, que me impulsó á decir á Neira:

—Cuenta usted conmigo para seguirle la pista al galán. Le tendré á usted muy sobre aviso. Y á Feíta, prohíbala usted redondamente que salga. ¡Carácter, carácter! Yo la aconsejaré. ¡No faltaba otra cosa!

X

Aun no bien cedi á aquel indiscreto arranque de altruísmo, cuando advertí que ya me arrepentía de él, y no debieron de contribuir poco á que así sucediese las efusiones de gratitud y de confianza que provocó mi oferta en D. Benicio, el cual, yendo más allá de lo que había ido nunca en nuestras conversaciones, me confesó que no sabía lo que le pasaba, por creer que Sobrado iba inclinándose... inclinándose... atraído por la hermosura de Rosa, y tal vez por la soledad en que el mismo Sobrado vive, sin más compañía que un perrito canelo y las domésticas más ó menos cerriles y bravías. Con tal motivo se explayó Neira, repitiendo una y mil veces que el encontrar yerno semejante había sido su ensueño, su ilusión, desde el punto en que entabló con Baltasar relaciones de inquilino á casero.

—Ya sabe usted—decía—qué difícil es encontrar una proporción así. La sociedad se ha puesto terrible, y ustedes, recelosísimos, lo que se dice escamones... No, y lo comprendo, lo comprendo. Los únicos que vienen decididos

son los pobretes, como ese zanguango del marido de Tula, á quien... Tengo ahora esperanzas de que el Gobernador me lo coloque, y será sacar un ánima del Purgatorio... Esos vienen resueltos, porque peor de lo que están no han de estar aunque se casen más veces que Barba Azul; pero los acomodados, los yernos de San Antonio... fuego de Dios, y ¡cómo se meten en la concha! A Sobrado le veo yo imitar á esos bañistas que tienen miedo á las olas y al frío del mar, y se acercan á la orilla, y apenas les toca el agua á un dedo retiran todo el cuerpo, y vuelven á adelantarse y á retroceder y así se pasan media hora antes de resolverse al chapuzón... Sobrado ha de ser de éstos, duros de pelar... pero creo que se va ablandando. ¿Usted qué opina?

—Muy entusiasmado parece con Rosa—respondí.

—Le descubro á usted el fondo de mi conciencia... Ya sabe usted que poco tengo de codicioso... No me asusta la idea de meterme en un asilo, y vivir allí de limosna, comiendo mi ranchito á toque de campana. Casi casi me lisonjearía ese final. Pues lo raro es que por cuenta de mis hijas noto que se me desarrolla una desatentada ambición. ¡Esta casa tan productiva, con sus cinco pisos, sus tiendas, sus bohardillas, sería de Rosa! ¡La quinta de la Erbeda, tan linda, con su parque, su huerto, sus fuentes, sus invernaderos, su jardín bien cuidado... sería de Rosa! Allí, entre las canastillas de pensamientos y de *colios*, jugarían... mis... mis nietos!

Y al hablar así, los ojos del padrazo se inundaron de agua.

—Es un espejismo—murmuró sofocado—pero no lo puedo apartar de la imaginación.

—Después de todo—declaré yo para alegrarle y arrullarle—¿qué tendría de milagro? Rosa es un primor: otras, con menos encantos que ella, han conseguido grandes posiciones por su hermosura.

—Cree usted—interrogó D. Benicio, dejándose llevar—que Sobrado sea tan rico como dicen? Muchas veces hago la tontería de ponerme á calcular su fortuna—por si llega á ser *la fortuna de mi hija*—y ando preguntando á unos y otros...

—Pregunte usted lo menos posible, Neira—indiqué, guiado por mi recta intención—. A mí, á mí solamente debe usted hablar de esto. Yo le enteraré... Sé bastante de Sobrado. No, no dude usted que es poderoso. Tiene un mazo atroz de papel; ha comprado varias fincas, y le van á caer en las manos otras muchas, porque prestó dinero á los dueños, á réditos, y como no le paguen, se quedará con la hipoteca.

—¡A quién se lo cuenta usted!—suspiró don Benicio.

—Suya es en gran parte—añadí—la refinera de petróleo que lleva el nombre de *La Industrial marinedina*, y él suministró los fondos para ese gran establecimiento de tejidos y novedades, *La Ciudad de Londres*.

—Pues eso último lo niega él á carga cerrada—, advirtió Neira.

—Pues es inútil que lo niegue, cuando todos estamos cansados de saberlo—afirmé yo, algo sorprendido—. Pero sea como quiera, y aunque le restásemos esos veinticinco ó treinta mil duros, le queda lo suficiente para ser, después de Chucho Díaz y de D. Acisclo Arañón, nuestro primer millonario. Su mujer aportó un caudalazo, que él acrecentó. Guita, la tiene.

—¿Si yo le dijese á usted que me late el corazón al pasar por delante de aquellas tapias de *La Industrial*? ¡Asegurar á mi hija tal porvenir! ¡Un marido tan listo, tan apto para los negocios, para los cuales yo no he servido nunca!

—El defecto de Sobrado—dije deseoso de calmar algo la fiebre de ilusiones de Neira—es que siempre fué aficionado á las faldas, y á toda clase de faldas... Usted no desconocerá esa crónica.

—¡Pch!... Sí, ¿quién lo duda? He oído.

—Sobre todo... la historia... ¿ya recordará usted?

—La historia de la cigarrera... ¡Bah! Debilidades humanas, debilidades humanas... En los pocos años deben disculparse ciertas cosillas...

—Aquello—insistí yo—fué muy mal hecho, D. Benicio. Se trataba de una real moza, una tal Amparo, á quien en la Fábrica conocían por la *Tribuna*, porque entonces, que eran republicanas la mayor parte de las cigarreras, esa pronunciaba discursos y leía periódicos y hasta tomó parte en un motín...

—¡Valiente sargentona!

—No, pero tenga usted entendido que era

honrada; una niña, una pobre criatura... y este Baltasar, entonces oficial de infantería, la sedujo, parece que con palabra redonda de casamiento.

— ¡Palabra de casamiento, palabra de casamiento! ¿Y quién la mandó á la muy simple creer en cuentos de brujas? ¿Andan los oficiales por ahí casándose con las cigarreras? — protestó D. Benicio, impaciente—. ¡Casarse! Famoso punto será la tal—prosiguió cada vez más extraviado por su cariño de padre.

— ¡Qué Neira de mi alma! —repliqué— La muchacha era realmente intachable antes de que Baltasar la perdiese; y lo fué también después de ese desliz, porque hubo muchos galopos que quisieron recoger la herencia de Sobrado... y se encontraron con la horma de su zapato, se lo aseguro á usted. Ella siguió trabajando en la Fábrica, donde hoy es maestra; no se la conoció ni por casualidad otro devaneo, y además crió y mantuvo á las consecuencias de las humoradas del Baltasarito... que no ha sido nunca para echar mano á la cartera y enviar unos billetes de Banco á esa desdichada, á fin de que su hijo pudiese alimentarse mejor y educarse con algún decoro. Amparo ha sufrido crujidas terribles de miseria, allá en los primeros tiempos, y pobre continúa, y su hijo más pobre aún, porque vive de su oficio de tipógrafo.

La cara de D. Benicio, mientras yo me expresaba así, se puso fosca.

—¿No es ese chico de la cigarrera—preguntó

CAPILLA ALFONSO SINA

con cierto misterio — el que llaman por ahí el *compañero Sobrado*?

— El mismo que viste y calza.

— ¿Un socialista, un loco, un charrán?

— Lo que usted quiera... pero ese charrán tiene sangre de Sobrado, en eso sí que no cabe duda, y mi señor D. Baltasar, ya que no se casó con la madre, bien pudo rascarse el bolsillo y asegurar el porvenir del retoño. Comprendo las pasiones y hasta las calaveradas, amigo mío, pero no las tacañerías. El que rompe paga, y lo demás es portarse como un sucio.

Mientras yo hablaba así, se obscurecía por grados la faz de D. Benicio, y una arruga cerraba su entrecejo. Sus labios se movían, como si algo bullese en ellos pugnando por salir. Al cabo, después de mirar en derredor, por si nos escuchaban, articuló estas declaraciones:

— ¡Oiga usted..., ya que viene á cuento..., le voy á confiar á usted..., bajo sigilo... casi confesional..., una cosa rara... que me está sucediendo... desde que Sobrado... da señales de aficionarse á Rosa!

Ibamos paseando por el muelle, siguiendo la extensa línea de malecones que orlan el paseo y la Aduana, y era esa hora del día en que empieza á faltar luz, pero todavía, de cerca, se puede leer bien y aprisa un papel. El que Neira sacó de la faltriquera de su gabán era una carta algo arrugada y nada fina, aunque escrita con letra bastante gallarda, y, según pude ver después, de una ortografía correcta.

— Aquí está... — susurró bajando mucho la

voz—la primer carta que he recibido de ese *compañero*... No trae firma, pero seguro estoy de que ésta y la otra no son de nadie sino de él. ¿Puede usted leer? Porque ya medio anochece...

— Leo bien—respondí. Y en efecto, por ser el carácter de letra tan modelado, la última claridad del día alcanzaba para que yo descifrara el contenido de la misiva, que decía así (pues para satisfacer tu curiosidad, amable lector, me he procurado una copia):

«Sr. D. Benicio Neira: Muy señor mío: Vive usted muy engañado si se figura que D. Baltasar se casará con su hija de usted, porque don Baltasar tiene otras obligaciones que cumplir, y si no las cumple por buenas, las cumplirá por malas; y acuérdesse usted de que se lo jura un hombre tal día como hoy; porque antes de un año las habrá cumplido. No se figure que no firmo por miedo; tengo otras razones; pero si quiere usted saber quién soy, se lo puede preguntar al mismo Sobrado, que le dirá quién es y cómo se llama, *El ejecutor de la justicia*.»

—Esta carta, por las señas, no es de ningún socialista, sino del verdugo—dije echando á broma el suceso, por desimpresionar á Neira.

—Sí, sí, riase usted... Yo también quise reirme, pero la cosa en el fondo no me hace maldita la gracia. Este maldito bastardo es un obstáculo que veo atravesarse entre las buenas intenciones de D. Baltasar y la felicidad de Rosa. La carta justifica las vacilaciones de D. Baltasar, que siempre está como aquel que no se decide á pasar el charco por no mojarse los pies.

Sabe Dios cuánto tiempo hace que me hubiese pedido la mano de mi hija, si no estuviese por medio el estorbo... ¿Qué opina usted?

—¿Qué dice la otra carta? porque hay otra—respondí.

—Dice casi lo mismo: en casa la tengo. Es más lacónica, y contiene una amenaza seria: me ordena que me mude de casa, si estimo la vida.

—¡Bah! No se achique usted, Neira, que nunca es tan fiero el león... La verdad: me cuesta trabajo creer que ese berrugo de D. Baltasar—porque es un berrugo, de eso respondo con la cabeza—esté determinado á hacer una cosa tan buena, tan sabia y tan puesta en razón como sería el pedir en matrimonio á la linda Rosa. No se sorprenda al oirme hablar así... después de conocer mis principios. Si creo que á mí el matrimonio me haría infeliz, creo que á Sobrado le vendría como anillo al dedo, y á su hija de usted lo mismo. Sobrado es hombre asaz amigo de las faldas, y llegado á edad muy madura, lo mejor que puede sucederle es encontrar una mujer joven, hermosa y fiel, como Rosa; y Rosa, que tiene gustos... escogidos... delicados... vamos, que es aficionada á presentarse... bien, con el decoro y el lucimiento propio de... de su esfera, emplearía divinamente los millones de D. Baltasar, les daría aire... Los dos en la gloria, y usted en éxtasis.

—Diga usted, D. Mauro... Perdóneme de antemano... sé que voy á abusar. ¿No se enfadará usted?... Ya que tan convencido está de que la boda sería una solución para todos... ayúdeme,

présteme su cooperación... no, no digo que haga usted nada que pueda ponerle en evidencia! Sólo le ruego que... que se entere... de quién es, de cómo vive, de qué manejos se trae ese compañero Sobrado de mil demonios... y á ver si se le podía... vamos, obligar á que... á que dejase en paz á...

—A su padre—pronuncié sonriendo.

—¡Su padre! ¡Su padre! ¡Vaya usted á saber!

—El amor paternal le hace á usted implacable, D. Benicio, y le ciega. ¿Quién duda que el padre de ese pobre tipógrafo es D. Baltasar? Eso no quita ni pone á lo de la boda... Vamos á lo que usted desea de mí.

—Desearía... que tomase usted el pulso á... al tipógrafo... y también... si había ocasión propicia... que no dejase usted de... de sondear á Sobrado, á ver si suelta prenda...

—Eso ya es más difícil—respondí, temeroso de que el encargo de Neira me acarrease cuidados y tal vez desazones, y sintiendo que mi numen protector, el egoísmo, se interponía, abrazado su escudo de hielo.

—Haga usted lo que pueda y lo que quiera, que por poco que haga he de pedir á Dios por usted—respondió D. Benicio con tan sencilla gratitud, que á pesar mío sufrí la influencia de aquella amante voluntad de padre, me conmoví, y sin reflexionar exclamé:

—Le aseguro que haré todo lo que pueda. Cuente usted conmigo, y descanse, y no se asuste de anónimos ridículos.